

Cuando el miedo lleva a la derrota
P. Fernando Pascual
14-11-2010

En las guerras hay siempre un cúmulo enorme de injusticias: en quienes las provocan desde avaricias u odios; en algunos combatientes que dejan de lado principios básicos de la ética para herir, matar, violar, robar; en quienes aprovechan el “río revuelto” para hacer negocio a costa de la vida de miles de personas.

Entre los soldados, sin embargo, no todo es injusticia. Los hay que buscan un poco de dinero para mantener a sus familias. Otros están allí por convicción: creen (a veces engañados, otras veces con razón) que defienden una causa justa, que custodian la tierra de sus padres, que trabajan por alejar de sus hogares la catástrofe de la derrota. Otros han sido llevados al frente a la fuerza. Los hay que, tristemente, buscan en la guerra una salida a sus pasiones más bajas.

Cuando llega el momento de la batalla, la fuerza de un ejército no radica sólo en sus armas, más rudimentarias en el pasado, más sofisticadas en el mundo moderno. La fuerza radica, de un modo profundo, en la unidad entre soldados y jefes, en la clarividencia de la táctica seguida, en el valor de todos para resistir con energía los golpes del enemigo y para lograr esa victoria que es vista como “salvadora”.

Pero cuando la moral falla entre los soldados; cuando el cansancio y la desidia cunde en los corazones; cuando corren noticias de que faltan municiones, de que el enemigo está mejor armado y es más numeroso; cuando algunos susurran que los mandos empiezan a vacilar en sus puestos o que han huido; entonces la tropa siente como un escalofrío generalizado: el miedo y el desánimo han entrado en los corazones de muchos.

En momentos así, si el pánico se sobrepone a la disciplina, se producen acciones descoordinadas. Unos desean pasar a la retaguardia. Otros buscan refugio hacia la derecha o hacia la izquierda. No faltan quienes rompen filas y exponen a sus compañeros a las balas enemigas para salvar el propio pellejo. Entre los más expuestos en primera fila hay quienes empiezan a alzar sus manos para rendirse, con la esperanza, a veces fatua, de salvarse.

Si el miedo se generaliza, la huida puede convertirse en general. Los soldados ya no escuchan a los oficiales (si es que los oficiales no han sucumbido, también ellos, al pánico). Las órdenes se desvanecen en el caos más completo. El enemigo, entonces, puede envalentonarse y lanzar un ataque decidido con el que consiga no sólo deshacer las filas de cientos de soldados desmoralizados, sino provocar un número muy elevado de muertos y heridos.

El miedo generalizado es así: provoca gestos desesperados por salvar la vida que se convierten, paradójicamente, en el motivo principal que lleva a la muerte. Porque los soldados no mueren sólo en ataques heroicos, sino que muchas veces caen gravemente heridos por balas que les alcanzan mientras huyen dominados por el pánico.

No es fácil contener a un ejército despavorido. La psicología de las masas es compleja. Pero sí es posible reconocer que algunos, de sangre más fría y de corazón más decidido, son capaces, en situaciones caóticas, de agruparse y de usar sus armas y su inteligencia para repeler un ataque, para coordinar una retirada bien organizada, para conseguir, en no pocos casos, salvar sus vidas y las de muchos otros (también las de muchos cobardes que huyen y que encuentran en esos pocos valientes a defensores decididos).

Muchos hombres y mujeres, es cierto, no sabemos ni lo que es la guerra ni cómo se lucha y se muere en la batalla. Pero seguramente hemos experimentado otros miedos que son capaces de dismantelar energías interiores y de provocar derrotas irracionales, cuando la victoria era posible con un poco de más esfuerzo, de inteligencia y de paciencia.

El miedo mata. Alguno dirá, con razón, que también un abuso de “valentía” provoca muertes y derrotas absurdas. Todo exceso es malo. Pero frente a miedos irracionales, a ese pánico que a veces impide ver las cosas como son, vale la pena reconocer que todavía existen posibilidades para superar situaciones difíciles, para salir airoso de problemas complejos, y para ayudar a quienes, a nuestro lado, necesitan corazones prudentes, generosos y serenos, sobre todo cuando llegan momentos muy difíciles en la vida de las personas, de las familias o de los grupos.